

Fragmentos de

Las ninfas a veces sonríen

«En ese entonces me daba por tocarme todo el tiempo. Fluía. Me desbordaba. Jugeteaba con mis aguas. Claro, era una fuente. Pero no se crea que hablo en sentido figurado. Era transparente. Inmediata. Entera. Rotunda. También era una diosa. En plenitud de poderes. Decía “viento” y los céfiros mecían el aire. Decía “belleza” y las aguas me devolvían mi imagen. Por supuesto, tuve que ir entendiendo cada cosa en su momento. Mis hermanas mayores me reñían: “Te miras demasiado, terminarás por descubrir la muerte”. Las desoía y entonces volvía a tocarme. Me envolvía en mis pétalos, me gozaba sintiéndome. Aspiraba mis olores. Respiraba. Latía. Bullía. Y vuelta a fluir. Yo era mi Paraíso.»

«Pepe Satán me inquietaba desde antes de apellidarse Satán. Era amigo de Azrael y durante los sabbat, cuando mi hermano mayor no trabajaba, solían hacer cosas juntos: salir de cacería de ciervas en la Zona Rosa, ir al cine Lux en su función triple, o hasta al estadio de los Pumas a presenciar un torneo de soccer.»

«“No debiste comerla. Sólo estábamos jugando”, dijo una de ellas. “Ajá, dijo la otra, ahora, ¿qué le diremos a nuestra madre cuando venga?”. Yo quise decirles que no era para tanto, se trataba sólo de una fruta, pero ellas cernieron sobre mí la espada de los pecados capitales. Me encogí de terror y la manzana cayó de mi mano, irremediablemente mordida. Me sacaron de su casa. Yo les pedía perdón, les sugería que acomodáramos la manzana de nuevo en el platón con la huella de mis dientes oculta. Pero ellas seguían con vuelo firme atravesando el patio, rozando con sus alas el cubo de la escalera que conducía hacia la casa de Rosa. Iban a acusarnos.»

«Me solía pasar cuando contemplaba a la belleza, máxime que no sabía que esa era su manera secreta y paralizante de actuar. Siempre es así: la belleza actúa sin perdonar. Aquella vez que la vi, también me provocó asombro, deseo boquiabierto. Se erguía plena de ternura y suavidad. Turgencia erecta. Me miró con su único ojo, cíclope desbordante, enhiesto depositario de todo anhelo.»

«Tenía yo una amiga vegetal, medio vampira ella. La habíamos llamado Clarimonda porque su entraña bulbosa y secreta se transparentaba en el matraz de vidrio donde tía Aura la tenía en parte sumergida. A Clarimonda le gustaba mi sangre. Tres gotitas cada vez que iba a visitarla no eran nada comparadas con la petición de un mancebo mi primo. La súplica de Clarimonda era silenciosa y se acompañaba del perfume espeso que casi me hacía olvidar el ruido de la gota de mi sangre obediente al romper el silencio del agua. La súplica del mancebo primo, en cambio, tenía ojos lastimosos de perro desfavorecido e iba acompañada de esos arrebatos suyos que lo hacían aprisionar mi pubis por encima del vestido cuando tía Aura no estaba a la vista.»

«Tomadas de la mano parecíamos un par de enamoradas. Las ninfas siempre despiertan desasosiego pero debo reconocer que Perla se llevaba los laureles y el mirto. Aunque hubiera que rellenarle más el sostén, o acomodarle el bulto de la entrepierna para que su vientre luciera plano. Los sátiros la miraban y ya no tenían reposo. Los otros dioses desempolvaban disfraces y metamorfosis para atisbarla mejor.»

«Pero este dilatado *post scriptum* no es sino el recuento de mi reincidencia. Ahora que el día hiende espadas de fuego, sé que dejaré para después este mensaje perenne dirigido, en el sentido más literal, al hombre de mis sueños —que es, por supuesto, otra manera para referirme al hombre de mi vida, que es, ¿necesito insistir?, el hombre de mi muerte—. Siempre deseé morir y que mi muerte de ninfa no fuera sino un río desbocado hacia tu reencuentro. El epitafio perfecto sería ese que escribiría alguna vez en una novela, uno que dijera de mi muerte única y

personal: "Su cuerpo no la contiene". Así, incontenible, fuente toda, voy a despertar para encontrarte. ¿Cuál será ahora tu nuevo rostro en fuga?»

«Los vi tocarse, fundirse en un beso, hablar su lengua de piel e instinto. Entonces, en consecuencia, a la par, por primera vez, de mi fuente brotaron chorros de fuego y no agua castálida y cristalina. Sabía por experiencia ajena que hay ninfas de todos los saberes y sabores. Ninfas del bosque, ninfas de los ríos, ninfas de los mares, ninfas de los aires y la alta montaña, pero no que todas en algún momento manan y se trasmutan en incendio.»

«Lo que de verdad te penetra, te toca, te hiere, te hurga, te traspasa. Se vuelve tuyo. Murmuraron las dríadas impelidas por los vientecillos. Me dejé llevar también. Me arrastraron hasta el claro de un bosque, que era lago, que era valle, que era plaza. Me hicieron flotar como un beso tenue en el filo del agua. Después, abrieron las compuertas para que me abismara.»

«Ada fue una ciudad vehemente como el deseo que le dio origen. Esto se cuenta de su fundación: los cazadores de una tribu tuvieron un mismo sueño y una misma sed. Vieron a una muchacha que dormía en las aguas de un lago. Soñaron que la forzaban y que ella, sin despertarse, respondía a sus caricias y a su violencia. La tomaban una y otra vez pero ella no despertaba del sueño de agua y ellos en realidad no la poseían.»

«Todo era fuente pero también herida. Fulgurante. Resplandeciente. En ese entonces me daba por sangrar todo el tiempo. Todo me tocaba y me desbordaba. Los seres, imágenes, sombras, intenciones me hincaban sus dientes dulces y afilados. Yo me dejaba hacer: que la vida hundiera sus dientes en mi carne dispuesta que comenzaba a tatuarse de cicatrices luminosas. La belleza y su rostro oculto de Medusa acechaban por todas partes. Y yo manaba. Fluía con el mundo. Ignoraba pero empezaba a descubrirlo: que el espanto y la belleza podían ser las caras intercambiables del Paraíso.»

«Urgidos por tanta espera comenzamos a desvestirnos desde el elevador. Apenas entramos al departamento me condujo al baño entre besos y caricias sedientas. Entonces me apartó un instante para hacerse de tijeras, rastrillo, espuma. De modo que no era mentira. Obediente, lo dejé hacer. Se aplicó a la tarea de rasurarme como si podara un jardín de flores: cuidadoso, intransigente. En el espejo descubrí que mi pubis, albeante salvo por una misericorde línea central, sonreía con un virginal pudor neofascista.»

«No pude resistirlo más. De pronto mi cuerpo se abrió y un relámpago se deslizó como un pez luminoso entre mis piernas. Jadeante, le entregué mi goce. Lo recibió con sus manos inmensas y unos ojos que eran la brisa triste que sopla el deseo colmado. Se dio la vuelta y entregó mi orgasmo a la enfermera que, diligente, lo envolvió en pañales. Lo vi un par de veces más y confirmé el naufragio: nuestra historia de desamor entre una diosa y un mortal por fin había comenzado.»